

Pero cuando supo las circunstancias que habian impulsado á María á tomar aquella resolucion:

«Lo sé todo,—la dijo en una carta que procuró llegase á sus manos por medio de doña Irene,—comprendo vuestro sacrificio, y le acepto con la misma resolucion que vos.

«Sed feliz para que yo lo sea.»

Su tormento fué desde entonces mayor que nunca.

La boda tuvo que aplazarse por una indisposicion de María.

En esto llegó la noticia de la llegada de Colon á Portugal.

El hijo al saber el triunfo del padre, halló algun alivio á su dolor.

El rey dispuso aplazar la boda hasta la llegada del almirante, para que coincidiera el júbilo de los desposados con el de la córte toda.

Tal era la situacion de María y de Diego cuando Colon estrechó en sus brazos á su hijo.

Capítulo XXV.

El huevo de Colon.

Aunque descubrió Colon desde luego la profunda tristeza de su hijo, veíase tan visitado, tan obsequiado, tan agasajado por todo el mundo, que no le era posible encontrar una ocasion de sondear la herida que tenia Diego en su alma.

Por otra parte, el jóven habitaba en palacio, y aunque iba á ver todos los dias á su padre, le hallaba rodeado de grandes señores, ó por lo ménos desu anfitrión el arzobispo de Toledo.

Nada más prodigioso que el éxito de la empresa que habia realizado.

Y no era solo en España en donde la admiracion no tenia limites.

De la córte partieron inmediatamente emisarios

á todas las de Europa anunciando tan fausto acontecimiento.

En Génova, donde se supo el descubrimiento de Colon por conducto de los embajadores Francisco Merchezzi y Juan Antonio Grimaldi, produjo un efecto indescriptible.

En Inglaterra causó el mismo efecto que en Portugal.

El rey Enrique VII habia podido alcanzar para sí aquella gloria que habian conquistado los Reyes Católicos, y todos lamentaban que cuando Colon se habia dirigido á él no le hubiese hecho caso.

El famoso Pedro Mártir, uno de los hombres más ilustrados de aquella época, que desde Italia habia ido á ofrecer su brazo y su inteligencia á la corte de Castilla, y habia tomado parte en las batallas contra los moros, condensa, por decirlo así, el efecto que el descubrimiento del Nuevo Mundo produjo en todas partes en una carta que dirigia á un amigo suyo, uno de cuyos mejores fragmentos creo oportuno reproducir.

«Decíme, — escribia á su amigo, — que fué inmensa vuestra alegría, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leísteis mis epístolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de los antipodas. Obrásteis y sentisteis como debia un hombre distinguido por su erudicion. ¿Qué manjar más delicioso que estas nuevas podia presentarse á mi claro entendimiento? ¿Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber, venidas de

aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador á la vista de un avaro. El ánimo, hecho presa del deforme vicio, se eleva y engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos.»

Y, sin embargo, todavía no podian los que tanto se entusiasmaban comprender la importancia del descubrimiento.

El mismo Colon, que habia visto la luz, estaba á oscuras.

No creia haber puesto el pié en la América.

Figurábase pura y simplemente haber descubierta las Indias occidentales.

He dicho que no tardaron los envidiosos en querer arrebatarle parte de su gloria.

Nada de extraño tiene cuando llegó á su noticia que los reyes estaban entusiasmados con él, que le admitian á todas horas en palacio, que el rey se complacia en conversar con él familiarmente; que paseaba á caballo con él y con su hijo el príncipe don Juan por las calles de Barcelona, y que al mismo tiempo, para perpetuar su gloria, habia concedido á Colon un escudo de armas, escudo en el que á las armas reales se unia un grupo de islas rodeadas de olas con este mote encima:

*«Por Castilla y por Leon
Nuevo-Mundo halló Colon.»*

Al mismo tiempo, en vista de las declaraciones

que habian hecho sus compañeros de haber sido el primero que habia descubierto tierra, se le concedió la pensión de treinta escudos que en buena ley habia ganado Rodrigo de Triana.

Más que el dinero le importaba la gloria, y por eso aceptó aquella nueva dádiva.

La maledicencia no tardó en ensañarse en él, diciendo que habia usurpado aquel premio á Triana, y las noticias que llegaron de que aquel marinero habia renegado de su religion y de su pátria, escapándose á Africa, fué causa de que lo atribuyeran á la desesperacion que le habia producido el ver que le habian arrebataado aquella parte de gloria y de provecho que le pertenecia en la expedicion, tomando aquella resolucion extraña.

No era cierto.

Rodrigo de Triana desapareció efectivamente de Palos á los dos ó tres dias de su llegada.

Llegó en secreto hasta Barcelona, conversó con Colon, y el almirante, que desde un principio se habia propuesto ser justo con él, accedió á una súplica que le hizo el marinero.

Rodrigo de Triana habia llegado por la primera vez de su vida tarde á Palos.

Una mujer á quien ántes de partir habia entregado toda su alma, á quien amaba con delirio, creyéndole muerto, pensando que nunca volveria de aquella expedicion que consideraban todos tan desastrosa, se habia casado con otro.

Rodrigo no pudo soportar aquella infidelidad, y

resolvió, no ir al Africa, como decian los murmuradores, sino encaminarse á Jerusalem y profesar en el convento en donde algunos años ántes habia profesado Martin Carrasco.

Colon le dió recomendaciones para su antiguo amigo, para los frailes, obtuvo de los reyes proteccion para el marinero y ofreció dar á la pobre madre de Rodrigo de Triana, no treinta escudos, sino sesenta, para que pudiera disfrutar del justo premio que habia alcanzado su hijo.

Esto era la verdad, pero la maledicencia comentó aquel suceso con perjuicio de Colon.

Otras mil cosas decian los envidiosos, quienes aseguraban que no habia hecho más que seguir el itinerario que habia marcado en sus obras Marco Polo.

Portugal mismo no tardó en añadir otra calumnia á las que ya se fraguaban contra él.

—Colon, decia, casó en Lisboa con la hija de un marinero que habia recorrido el mar en todas direcciones; aquel hombre, al morir, dejó manuscritos importantes y en ellos sin duda marcado el derrotero para las Indias.

Colon habia marchado sobre seguro, se habia apoderado de aquellos datos, y gracias á ellos habia conseguido el triunfo.

Su gloria, pues, pertenecia á su suegro.

Está fué una version que los portugueses enviaron á España para amenguar el mérito de Colon.

Posteriormente han sacado sus detractores gran partido de ella.

Pero no han podido mancillar su gloria.

Hubo algunos que hasta osaron disminuir en presencia de Colon el mérito de su empresa.

El cardenal arzobispo de Toledo dió un banquete en su palacio á muchos nobles para que honrasen á su huésped.

Las copiosas libaciones que hicieron impulsaron á algunos á expresar con franqueza sus sentimientos.

Uno de ellos, hombre frívolo, envidioso de los honores que se tributaban á Colon.

—Y decidme,—exclamó de pronto dirigiéndose al almirante,—¿creéis que si vos no hubierais descubierto las Indias no hubiera habido otro hombre capaz de llevar á cabo la misma empresa que vos?

Con gran asombro y curiosidad de todos los circunstantes dijo Colon á uno de los pajes que le sirviera un huevo pasado por agua.

Al pronto creyeron algunos que solo trataba de despreciar al cortesano que le habia dirigido aquella pregunta no haciendo caso de él.

Pero la curiosidad de todos y el interés creció de punto cuando vieron á Colon que, presentando el huevo al que le habia dirigido la pregunta:

—Tened la bondad vos ó cualquiera que se sirva hacerme la misma pregunta que me habeis hecho, de colocar este huevo en la mesa por cualquiera de sus extremos, á ver si hallais el medio de que permanezca derecho.

Todos intentaron hacer lo que Colon indicaba; pero ninguno lo consiguió.

—Ya veis, señores,—dijo el almirante,—que no encontráis el medio de hacer lo que os he dicho... Voy á ver si yo lo consigo.

Y rompiendo el huevo por uno de los extremos hizo una base y pudo ponerle derecho.

—De ese modo cualquiera hubiera podido hacer lo que vos,—gritaron todos.

—No lo niego: el medio que he empleado ha sido muy sencillo, hasta trivial; pero confesad que ninguno de vosotros habeis dado en él. En cambio ahora todos podreis poner derecho el huevo; del mismo modo creo que, habiendo enseñado el camino de las Indias, nada más fácil que seguirle á los que vengan detrás de mí.

Este banquete fué memorable, y el rasgo ingenioso de Colon ha servido despues para justificar la gloria de los inventores, por fáciles y sencillos que hayan sido los medios empleados para realizar sus inventos.

Mientras Colon era objeto de universales aclamaciones, los reyes ponian en juego los medios necesarios para consolidar la conquista que el ilustre marino habia hecho de aquel nuevo y rico territorio.

Los principios que habian puesto en juego las cruzadas, favorecian sus designios.

Con arreglo á ellos, todos los príncipes católicos tenian derecho á invadir, saquear y apoderarse de los territorios de las naciones infieles con quienes estaban en lucha, con el fin de extinguir los enemigos del cristianismo y difundir por doquiera la luz del Evangelio.

El Papa, pues, ejercía autoridad suprema sobre las cosas temporales, y podía repartir las tierras paganas para reducirlas al dominio de la Iglesia.

Fundados en estos principios, el Sumo Pontífice Martin V y sus sucesores habian cedido á la corona de Portugal todas las tierras que sus súbditos descubriesen desde el cabo Bogador á las Indias.

Los mismos Reyes Católicos habian celebrado un tratado en 1479 con el rey de Portugal, comprometiéndose á respetar estos derechos que les habian concedido los jefes de la Iglesia.

Poco antes de la llegada de Colon á España, habia ocupado la silla de San Pedro el Papa Alejandro VI.

Inmediatamente se enviaron embajadores á la córte de Roma para que anunciassen la llegada de Colon, los descubrimientos que habia hecho, ponderando lo que importaba á la Iglesia difundir la luz del cristianismo en aquellas regiones de idólatras.

Cuidaron asimismo de manifestar al Sumo Pontífice que las tierras descubiertas estaban fuera de los límites de las posesiones concedidas por sus antecesores á Portugal.

Estas noticias causaron gran admiracion y alegría en la córte de Roma.

Los Reyes Católicos eran allí muy considerados por los triunfos que habian conseguido de los moros, y no hubo dificultad para que el Soberano Pontífice accediese á expedir una bula concediendo á los reyes de España los mismos privilegios y derechos, con res-

pecto á las regiones descubiertas, que los concedidos á los portugueses por los descubrimientos en las costas de Africa, con la misma condicion de plantear y propagar la fé católica.

Para evitar disensiones entre ambos reinos, expidió el Papa Alejandro VI otra bula fijando la línea de demarcacion desde el polo ártico al polo antártico, para que los portugueses y los españoles supieran á qué atenerse y no hubiera diferencias entre ellos. Todas las tierras que se descubriesen al Occidente de aquella línea y de las que no hubiese tomado posesion ningun poder cristiano antes de la Pascua, pertenecerian á la corona española.

Todos los descubrimientos en direccion contraria, á la corona portuguesa.

Los Reyes católicos, que de todas maneras estaban resueltos á asegurar sus conquistas, hacian todo lo posible, de acuerdo con Colon, para preparar y equipar una armada que volviese inmediatamente al Nuevo-Mundo.

Entonces fué cuando se declararon más y más los enemigos de Colon, y cuando se vencieron algunas dificultades incomprensibles, dada la gran influencia que sobre todos los ánimos ejercia el ilustre marino.

Pero al mismo tiempo que estos sucesos públicos, tenian lugar otros reservados, íntimos, domésticos, y no puedo dejarlos pasar desapercibidos.